

ALEXANDER SOUTER
A GLOSSARY OF LATER LATIN TO 600 A.D
(Oxford: At the Clarendon Press, 1997; XXXII + 454 págs.)

Antonio Arbea G.

Pontificia Universidad Católica de Chile

En las últimas cinco o seis décadas, la lexicografía latina ha incrementado significativamente su actividad y ha producido importantes diccionarios, y aunque –por la vastedad del campo– lo que queda por hacerse es todavía más que lo hasta aquí hecho, puede decirse que el estudioso del latín dispone hoy en día de un conjunto amplio y variado de registros léxicos calificados para realizar adecuadamente, en general, su trabajo. Demos una ojeada –muy parcial, por supuesto– al panorama bibliográfico en esta materia, para ubicar así en su contexto este *Glosario* de Souter que acaba de reeditarse.¹ Por lo demás, este es un asunto sobre el cual, con ser de la mayor importancia, he comprobado reiteradamente que existe una insuficiente información en nuestro medio.²

Entre los diccionarios latinos antiguos y hasta centenarios, pero todavía insustituibles para el estudio de muchas voces, especialmente de las del latín postclásico y medieval, hay que mencionar el *Totius Latinitatis Lexicon* de E. Forcellini (Prato, 1858-74, 4ª ed.; 1ª ed. de 1771) y el *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis* de Du Cange (1ª ed. de 1678), asequible este ahora en la reciente reimpresión de

¹ La primera edición apareció en 1949.

² No es mi propósito, como digo –tampoco sería este el lugar para hacerlo–, revisar todos los frutos que ha producido la lexicografía latina, ni siquiera los más importantes; mi intención es básicamente práctica: quiero solamente mencionar algunos diccionarios fundamentales que pueden cubrir aceptablemente las necesidades principales de un latinista en nuestro medio y que, o bien se encuentran en nuestras bibliotecas (que en esta materia son bastante pobres), o bien son fácilmente asequibles en el mercado librero (no el nacional, por cierto: no existe en Chile ninguna librería que ofrezca ni siquiera los libros más básicos de la filología clásica). Son, por de pronto, los principales diccionarios con que yo personalmente trabajo.

Bologna de 1982, reproducción facsimilar, en diez volúmenes, de la edición aumentada de Niort (Francia) de 1883-7. Para casos particulares, siempre en el terreno del latín postclásico y medieval, muy útiles complementos son los repertorios de A. Blaise *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens* (Turnhout, 1954, 1ª ed.) y *Lexicon Latinitatis Medii Aevi* (Turnhout, 1975, 1ª ed.), como también el *Mediae Latinitatis Lexicon Minus* de J. F. Niermeyer - C. van de Kieft (Leiden, 1976, 1ª ed.), registro muy útil para consultas sobre términos técnicos del ámbito del derecho y las instituciones. Para el latín humanístico, el *Lexique de la Prose Latine de la Renaissance* de R. Hoven (Leiden - New York - Köln, 1993, 1ª ed.) ha venido a llenar un vacío, si bien no abarca –ni lo pretende– el gran caudal léxico específico de la prosa humanística latina. Para etimologías, uno de los mejores trabajos de que puede hoy disponerse es el *Dictionnaire Etymologique de la Langue Latine* de A. Ernout - A. Meillet (Paris, 1932, 1ª ed.), especialmente en su 4ª edición, corregida y aumentada, de 1960. Para el latín clásico (y también el postclásico), en fin, puede ocuparse el antiguo *A Latin Dictionary* de Ch. Lewis y Ch. Short (Oxford, 1969; 1ª ed. de 1879), como asimismo –para mencionar un trabajo en nuestra lengua– el *Diccionario Latino-Español, Español-Latino* de A. Blánquez (Barcelona, 1960, 1ª ed.), obra que, aunque a distancia de las anteriores, es hasta ahora el mejor diccionario latino publicado este siglo en el ámbito hispánico. Pero ciertamente el mejor diccionario de latín clásico –y, por lo demás, la obra más relevante de la filología latina durante el último siglo– es el reciente *Oxford Latin Dictionary (O.L.D.)*, editado por P. G. W. Glare (Oxford, 1968-82, 1ª ed.). Este notable diccionario, que cubre el latín desde sus comienzos hasta fines del siglo II d.C., incluye todas las voces conocidas de ese período, provenientes de fuentes literarias y no literarias, y trae alrededor de un millón de citas; tiene, además, el gran mérito de ser un trabajo enteramente independiente de los diccionarios precedentes, basado en una nueva y completa lectura de las fuentes latinas.

El *Glosario* de Souter –para entrar ya en nuestro tema– está proyectado precisamente para complementar al *O.L.D.*, cubriendo el período inmediatamente siguiente, el del latín postclásico (180 d.C.-600 d.C., convencionalmente). Cuando se estaba planeando el nuevo *O.L.D.* –tarea iniciada en mayo de 1931–, se decidió no incluir escritores que hubieran florecido después del siglo II d.C.; de ese modo, quedaron excluidos, por ejemplo, los autores latinos cristianos. Pero junto con establecer esta cobertura temporal para el *O.L.D.*, se estimó aconsejable complementarlo con un breve diccionario independiente que registrara las formas, significados y giros nuevos que aparecieron por primera vez después del siglo II d.C., de manera que se pudiera disponer de un apoyo eficaz para leer a autores como

Ausonio, Claudiano, Amiano, Macrobio, Tertuliano, Lactancio, San Agustín, San Jerónimo, Boecio, etc. Así, pues, fue como nació el *Glosario* de Souter.

Una vez tomada la decisión de llevar adelante este diccionario complementario del *O.L.D.*, surgió la pregunta de hasta qué fecha debía extenderse el latín que cubriría. Era obvio que no se podía pretender abarcar un período tan amplio como el que sería investigado por los estudiosos que recogían material para un nuevo Du Cange. Habría sido posible, tal vez, extenderse hasta Isidoro de Sevilla († 636) o hasta el Venerable Beda († 735); cada uno de ellos había sido el más grande escritor de sus días en Europa. Pero de la mayor parte de los escritos de ellos todavía no existían ediciones críticas, que indicaran las fuentes manuscritas de las que sus obras habían sido recogidas. Ninguno de los dos, además, era representativo de su tiempo: el latín de entonces había ya comenzado a apartarse sensiblemente de las normas de la gramática tradicional. Pero haberse detenido en el año 450 d.C. habría significado dejar fuera a Boecio († 524), Gregorio Magno († 604), Gregorio de Tours († 594), Casiodoro († 583), cada uno de ellos autor de particular importancia. En vista de todas estas consideraciones, pues, pareció adecuado establecer como límite el año 600 d.C.

El *Glosario* de Souter se propuso incluir todas las palabras ‘comunes’ conocidas que, de acuerdo al testimonio de escritos y documentos existentes, no ocurren en el período anterior al año 180 d.C. y que, con alguna seguridad, pueden ser asignadas a una fecha anterior al año 600 d.C. La cobertura total del *Glosario* es considerable: en total, sus entradas son alrededor de 28.000, las mismas –pero, naturalmente, de una extensión mucho menor– que aproximadamente tiene el propio *O.L.D.* Muchas de estas palabras deben de haber existido, sin duda, en el período anterior al 180 d.C., pero no están positivamente atestiguadas en él. Por ejemplo, el adverbio *cruciabiliter* se encuentra ya en Plauto (*Pseudolus* 950), que muere el año 184 a.C., pero *cruciabilis* –el adjetivo del que ese adverbio deriva– está documentado por primera vez solo tres siglos más tarde, a mediados del siglo II d.C., en Aulo Gelio (3.9.7).

Una sencilla e interesante evaluación de los méritos del *Glosario* de Souter puede hacerse viendo cuán numerosas son las voces que, documentadas en él, no están registradas, por ejemplo, en el *Lexicon Totius Latinitatis* de Forcellini (que pretende cubrir todos los períodos de la latinidad), o en *A Latin Dictionary* de Lewis y Short (que también pretende abarcar el período postclásico). Y es que, como se sabe, Forcellini dejó sin leer algunos escritos de valor, especialmente de entre aquellos que no habían sido compuestos en Italia. Y los compiladores que se basaron en su obra, como los

propios Lewis y Short, no advirtiendo bien esta situación, traen cánones de autores que, pretendiendo cubrir todo el campo de la latinidad, son, sin embargo, incompletos.

El *Glosario* de Souter, en cambio, contiene información de primera mano y es el resultado de un trabajo largo y sostenido, que se remonta a los primeros años de este siglo. El autor, en efecto, siguiendo el ejemplo de uno de sus maestros, el profesor Mayor, comenzó, por allá por 1900 –casi 50 años antes de la primera edición de la obra–, a añadir palabras y citas a un ejemplar del diccionario de Lewis y Short. Al cabo de cinco años, sin embargo, los márgenes de este estaban tan rellenos, que debió comprar un segundo ejemplar, el que, a su vez, terminó también por llenarse. En un tercero, más tarde, en hojas intercaladas, copió una serie de citas clásicas de los ejemplares anotados del profesor Mayor. De todo ese ingente material, tan laboriosamente recogido, solo una muy pequeña parte se incluyó en el *Glosario* –la estrictamente permitida por su apretado diseño–; pero la información que esas citas proporcionaron respalda muchos de los concisos enunciados de la obra. Un diccionario no se escribe de otro modo: es siempre el fruto de un trabajo menudo y prolongado en los textos. En este aspecto, el *Glosario* de Souter es ejemplar, y del rigor y método con que fue elaborado pueden aprender mucho quienes hacen hoy filología.

Pero la excelencia de esta obra debe también bastante a otros. Además de las numerosas citas recogidas de los tres ejemplares anotados del diccionario de Lewis y Short que pertenecían al fallecido profesor Mayor y que fueron empleados por él para hacerle entradas hasta el año 1910, también le proporcionó importante información el *Thesaurus Linguae Latinae*, al que él mismo contribuyó también con algún material para aquellas partes del alfabeto que llevaba cubiertas esa gran obra. Y también fue importante la ayuda recibida de los encargados de la elaboración del *O.L.D.*, que le proporcionaron valiosas listas de palabras datadas con posterioridad al año 180 d.C. Souter mantenía estrechos vínculos con ellos, pues había sido el primer editor de la obra –ocupó el cargo entre los años 1931 y 1939–, cuando ella se estaba recién gestando y todavía faltaban varios años para que apareciera su primer fascículo.

Aparte de los méritos hasta aquí destacados, el *Glosario* de Souter es también una obra bien realizada en sus detalles, sensatamente diseñada en sus aspectos menudos, como que su autor tenía una rica experiencia en trabajos lexicográficos. Mencionemos algunas de estas características.

El *Glosario* registra solo algunos nombres propios, en particular aquellos acerca de los cuales el autor ha podido proporcionar información adicional a la existente en otros léxicos. Bajo *Iesus*, por ejemplo, intenta refutar de una vez por todas las ingeniosas pero falsas

explicaciones de la abreviatura IHS, que no es sino una abreviatura por suspensión, es decir, las primeras tres letras (mayúsculas griegas) del nombre de Jesús (solo que cambiando la Σ por la S). Tal como ocurre en el *Oxford Latin Dictionary*, por otra parte, en el *Glosario* solo van marcadas las vocales largas; las breves se indican exclusivamente cuando alguna razón particular lo hace aconsejable. Para reducir el número de marcas al mínimo –conducta siempre recomendable en esta materia–, no van señaladas las vocales largas de prefijos y sufijos que se suponen conocidos (v. gr., *de-*, *-atus*, *-arius*, etc.), ni tampoco las vocales largas “por posición”, esto es, las de sílabas trabadas. Las formas inusuales de palabras van registradas solo ocasionalmente. En los pocos casos en que el autor ha estimado que pueden haber dudas acerca de alguna categoría gramatical, pone una nota entre paréntesis (v. gr., *adj.*, *vb.*, *neut.*, *pl.*, *sb.*, *adv.*, *fem.*, *masc.*, *ppl.*, etc.). Cuando la palabra es de uso general en el período cubierto por el *Glosario*, nada se señala. A veces, después de indicar un siglo o un nombre de autor, se consigna “on” (‘en adelante’), para dejar en claro que esa es solo la primera ocurrencia de la palabra, no la única, y que ella siguió empleándose posteriormente (v. gr., “**frontosus**, impudent, insolent [AUG. on.]”). Esta misma práctica se sigue, cuando corresponde, con los diferentes significados de una palabra. Por el contrario, cuando solo se indica el nombre de un autor, se entiende que la voz es conocida solo en ese autor. Y cuando se especifican referencias precisas a pasajes de obras determinadas, debe entenderse que solo en dichos pasajes ha sido hallada la voz. En general, por lo tanto, mientras más frecuente es una palabra y mientras más generalizado es su uso, menos marcas lleva. En este aspecto y en otros, el autor opta sistemáticamente por la brevedad y la sencillez al confeccionar los diversos artículos.

La preparación de un diccionario de este tipo, aunque larga y fatigosa, no está privada de gratificaciones. Los lexicógrafos pueden decir que conocen las alegrías y la excitación de los exploradores. A veces sus descubrimientos vienen a corregir un error tradicional; es el caso, por ejemplo, de la detección de las así llamadas “palabras fantasmas” (*voces nihili*), esas que deben su existencia a una falta de escritura o a un error de transmisión de un texto, y que a veces los diccionarios –que, en general, suelen recoger confiadamente su material de registros precedentes– terminan perpetuando. Souter ha podido expurgar el acervo lexicográfico tradicional excluyendo de su *Glosario* algunas de esas palabras fantasmas. La voz *curtalini*, por ejemplo, que aparece en ediciones de Paulino de Nola³ y que el

³ *Epist.* 22, 2.

Thesaurus explica como forma contracta de *cohortalini*, no es sino la mala segmentación interverbal de *curta lini* (dos palabras); *infallibiliter* es un error por *ineffabiliter*; *subsarcino* es un error paleográfico por *subfarcino* (la consabida confusión de la *f* con la *s* larga), y así otros casos más.

Pero más reconfortante para el lexicógrafo es cuando sus exploraciones lo llevan a descubrir palabras nuevas, no registradas aún en los demás diccionarios. El *Glosario* de Souter tiene cientos de estas, que ni siquiera el *Thesaurus* trae. Otras veces, no se trata exactamente del descubrimiento de voces no conocidas, sino del descubrimiento de una documentación más antigua de una voz. En las fuentes, Souter ha encontrado muchas palabras que hasta él se conocían solo en glosarios, cuyos manuscritos más antiguos no remontan más allá del siglo VIII a.C.

A casi 50 años de su primera edición, pues –agotada hace ya bastante tiempo–, los latinistas saludan con satisfacción esta nueva edición (reimpresión, en rigor) de *A Glossary of Later Latin to 600 A.D.* de Alexander Souter, una de las mejores obras de la lexicografía latina.